



UN LUGAR DE CENTRAL PARK



Es domingo y *Central Park*, sus senderos, canchas de tenis y fútbol, pistas de patinaje, mangas y plazas, están llenas de gente que trota, descansa o juega. Son cientos, miles, que aprovechan las labores de un otoño perezoso que prolonga sus horas cálidas y relucientes, sin cambiar aún el color de las hojas de los árboles o cambiándolas apenas para dejar constancia de que está ahí, demorando su final, porque se le da la gana. Hecho que no parece disgustar a nadie, menos a los que echados semidesnudos sobre una piedra en el lago o en la grama donde los rayos de sol martirizan todo lo que se interponga a su paso, se cuecen como habas. O a los que, con paso atlético o vagabundo, dejándose arrastrar del perro, la mujer o la amante, en ese orden, aprovechan el lujo de que una gran ciudad como Nueva York ofrezca a sus habitantes un lugar como éste, que no tiene comparación.

Central Park sólo hay uno por todas las razones que se quieran, empezando porque nadie, propio o forastero, deja de ir allí para aprovechar el tiempo, el bueno o el malo, y estar consigo mismo, los amigos, la gente, en cercanía de los animales y la vegetación, civilizadamente, y para percibirse de que la

vida no es sólo tráfigo, ruido, competencia y neurosis, sino también goce eterno. De ahí que, unos pasos adentro, ya no hay que enfrentarse a la ley de la selva. El espacio es suficiente y, si se guardan las mínimas normas de convivencia que prohíben dar del pan de nuestra amargura a las ardillas, a los caballos percherones y a los prójimos, se puede hacer del momento lo que se quiera.

Qué es lo que hace la pareja de rubios y saludables mocetones, que en traje de novios y la copa de champaña aún espumeando, posan una y otra vez ante el fotógrafo, besándose apasionadamente, con premura, y yendo aquí y allá, bajo la arcada del túnel o en la avenida donde aguardan los caballos engalanados y sus calesitas, para que *Central Park* quede en el recuerdo de un día mayor, el suyo, donde todo fue importante. O la pareja de coreanos, ella corriendo con el borde del vestido blanco recogido y riendo como una niña traviesa porque los cogió la tarde para la ceremonia de celebración, las fotos, el ágape. Mejor, mucho mejor, que el altar o la oficina del juez, parecen decirlo, es este escenario excepcional, que seguramente les traerá suerte, y que recordarán siempre.

Y simultánea a los himeneos, se escucha la música de jazz, que en un comienzo se percibe sin lograr precisar su origen, pues está en todas partes, flotando en el aire radiante, como un globo suelto, ofreciendo un disfrute al oído, al alma que se vuelve sólo oído, mientras el paseante se deja ir por los múltiples senderos, con bancas a lado y lado, que lo llevan a todas partes y a ninguna, bajo el frescor de los árboles de plátano, los arces y los eucaliptos, donde las ardillas menudean y saltan nerviosas porque esa es su función allí. Y entonces, te lo encuentras, al saxofonista, un negro enjuto que entorna los ojos, abrazado a su instrumento, como si cada nota urgiera traerla de muy lejos, de las auroras de su raza, rescatándola de un tránsito pesoso y convirtiéndola, gracias a su don, allí en aquel rincón donde los visitantes son inesperadamente convocados, en grave, ruda, lancinante melancolía pero también en un momento de gloria.

¿Es éste su espectáculo?, o ¿acostumbra hacerlo allí por unas monedas?, ¿o se trata simplemente de practicar como lo hace, metros más allá, sobre la terraza que rodea una de las fuentes, la pareja de bailarines, profesor y alumna que, valiéndose de la música cercana, practican un *pas de deux*, cada vez más difícil pero también más ágil y plástico, que nunca parece satisfacer a su mentor y tiene a la muchacha en trusa sudando, al borde del agotamiento; además apenada porque los llamados de atención cada vez son más sonoros, como si aquel fuera el salón de ballet y no un sitio público?

Quizás no sea la primera vez que practican allí, todo lo hace pensar así, y más bien aprovechan, como el personaje que hace a la entrada de la 53, de estatua de la Libertad, reproduciéndola a la perfección, y guiña el ojo con picardía al niño que se acerca y toca el borde de la toga, incrédulo, para darle también colorido al lugar y contribuir a que la vida corra amable siempre, como ha de ser.

En *Central Park*, la gente está en libertad de hacer lo suyo y nadie lo mirará con reproche o suspicacia. Es un lugar de ocio donde el ciudadano disfruta también, si esto



se presenta, de lo extravagante, lo insólito o lo absurdo. Es un escenario para que el espíritu se sienta cómodo y se aventure, si es el caso, a aquello que allí lo tienta.

Cerca al Dakota, el edificio en cuya entrada fue asesinado John Lennon, se encuentra un espacio destinado a la memoria del músico. Se trata de un círculo, hecho en mosaicos, con la palabra *IMAGINE* en el centro, al cual no le falta la ofrenda permanente de flores, ni las fotografías del ídolo en forma de corazón. Quizás los lugares de peregrinación —éste ya casi lo es—, nacen de este modo, cuando menos se espera, gracias a una curiosidad común que deriva en rara devoción. No es, pues, escaso el número de personas que se acercan allí, actúan y guardan recogimiento como si se tratara de las reliquias de un santo. Más aún, si el oficiante, como parece serlo, un hippie viejo, sobreviviente de algún lejano Woodstock, que organiza la ofrenda con rosas y girasoles compradas a menos precio, se toma el asunto tan en serio. Para él, para las cámaras que se disparan, es, ¿cómo no entenderlo así?, un momento de unción mística, aquél que él ha esperado toda la vida —así se repita cada que el grupo se renueva—, que lo justifica y le da al fin un papel en el loco teatro del mundo.

Su aspecto y vestimenta, acorde con la idea acerca del sacramento para el cual ha sido llamado, no puede ser más pintoresca. Sesentón, barba rubia, pañoleta roja en la cabeza, tenis, vaqueros ajados y rotos, lo singularizan enseguida. Es —que no quepa duda—, uno de los suyos, el último sobreviviente quizás de aquellos años dorados en que Lennon subió a los altares.

A un lado, sobre un sucio jergón, está un perro echado, que debe ser su mascota, porque a ratos levanta la cabeza y mira con aburrida resignación. Una mirada mucho más sabia que la de los feligreses que lo siguen sin perderle movimiento como si se tratara del mismo John Lennon, o de su evangelista, el que tienen allí enfrente. ■